

Alexandr Solzhenitsyn

# ARCHIPIÉLAGO GULAG III

«En la Historia, habrá un antes y un después del surgimiento fabuloso de la voz y la escritura de Solzhenitsyn.»

Jorge Semprún



ALEXANDR SOLZHENITSYN  
ARCHIPIÉLAGO GULAG III

Ensayo de investigación literaria (1918-1956)

Traducido del ruso por Josep M.<sup>a</sup> Güell

Revisión de Juan Francisco García  
y supervisión de Ricardo San Vicente

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: АРХИПЕЛАГ ГУЛАГ

1.ª edición en Tusquets Editores: noviembre de 2007

1.ª edición en esta presentación: octubre de 2015

© 1973-1980 by Alexandr Solzhenitsyn

© de la traducción: Josep M.ª Güell, 1998

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-9066-182-6

Depósito legal: B. 18.580-2015

Impreso por Romanyà-Valls

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

## Quinta parte: El presidio

1. Los condenados por el destino . . . . . 13
2. Una brisa de revolución . . . . . 51
3. Cadenas, cadenas... . . . . 74
4. ¿Por qué lo soportasteis? . . . . . 101
5. Poesía bajo una losa, verdad bajo la piedra . . . . 129
6. Fugitivo por convicción . . . . . 162
7. El gatito blanco (Relato de Gueorgui Tenno) . . 195
8. Evasiones con moral y evasiones de ingeniería . . 240
9. Unos críos con metralletas . . . . . 270
10. Cuando en la zona la tierra quema . . . . . 280
11. Rompemos nuestras cadenas a tientas . . . . . 306
12. Los cuarenta días de Kenguir . . . . . 353

## Sexta parte: El confinamiento

1. El confinamiento en los primeros años  
de libertad . . . . . 411
2. La peste que azotó a los campesinos . . . . . 429
3. El confinamiento se densifica . . . . . 453
4. El confinamiento de los pueblos . . . . . 472
5. Al terminar la condena . . . . . 496
6. La prosperidad del confinado . . . . . 515
7. Los zeks en libertad . . . . . 542

## Séptima parte: Stalin ya no está

1. Al volver la vista atrás . . . . . 571
2. Los gobiernos cambian, el Archipiélago permanece . 599
3. La ley hoy . . . . . 641

Epílogo . . . . .	667
Algo después . . . . .	670
Y después de diez años . . . . .	672

## Apéndices

Mapa . . . . .	674
Notas del autor . . . . .	679
Glosario de nombres propios y conceptos . . . . .	697
Sumario . . . . .	725

## Los condenados por el destino

La revolución acostumbra ser precipitadamente magnánima. Se apresura a renunciar a muchas cosas. Por ejemplo, a la palabra «presidio». Y ésta es una buena palabra, una palabra de peso, nada tiene que ver con esa especie de aborto del DOPR\* o con la resbaladiza ITL.<sup>a</sup> La palabra «presidio» cae desde el estrado del tribunal como una guillotina, y le parte la espina dorsal al condenado en la misma sala de la Audiencia, rompe toda esperanza que pudiera tener. La palabra «presidarios» es tan terrible que los demás detenidos, no presidarios, se dicen uno al otro: ¡Esos de ahí, seguramente, son una pandilla de verdugos! (Se trata de una peculiaridad cobarde y salvadora del ser humano: el imaginarse que uno todavía no es el peor ni el más desfavorecido. ¡Los presidarios llevan *números*! ¡Serán, por tanto, criminales manifiestos! ¡A nosotros, a ti y a mí, no nos los van a colgar...! ¡Esperad, que ya os los colgarán!)

A Stalin le gustaban mucho las palabras antiguas, recordaba que los Estados podían sostenerse sobre ellas durante siglos. Sin la menor necesidad proletaria, reinsertaban palabras que habían pasado por el hacha precipitadamente: «oficial», «general», «director», «comandante supremo».<sup>b</sup> Y veintiséis años después de

a Cf. en glosario del primer volumen, pág. 765.

b Estos términos (*ofitser, gueneral, diréktor, vejjóvny*) pertenecían al vocabulario militar y administrativo de la Rusia zarista y fueron reemplazados tras la revolución por términos equivalentes. El término «oficial» estaba especialmente mal visto dado que la mayoría de los oficiales zaristas apoyaron al Ejército Blanco durante la guerra civil. Poco a poco todos esos términos fueron reintroduciéndose en la vida y la lengua a lo largo de los años treinta y durante la guerra: «general» se reintrodujo en 1940, «oficial» se recuperó como término militar en 1943, «director» y «comandante supremo» volvieron a emplearse durante los años treinta.

que la Revolución de Febrero hubiese suprimido el presidio, Stalin lo reestableció de nuevo. Ocurrió en abril de 1943, cuando Stalin sintió que, al parecer, había salido del atolladero. Los primeros frutos civiles de la victoria del pueblo en Stalingrado fueron: el decreto de militarización de los ferrocarriles (por el que se sometía a mujeres y niños a consejo de guerra), y, al día siguiente (17 de abril), el decreto de instauración del presidio y de la horca. (La horca también es una buena y antigua institución, nada que ver con el chasquido de un pistoletazo, pues la horca alarga la muerte y permite mostrarla con todo detalle a una gran multitud a la vez.) Todas las victorias posteriores fueron abasteciendo el presidio y la horca de reemplazos de condenados: primero del Kubán\* y del Don, luego de la Ucrania de la orilla izquierda,<sup>a</sup> de Kursk,\* Orel\* y Smolensk.\*<sup>b</sup> Los tribunales seguían a los ejércitos, colgaban a unos públicamente sobre la marcha y mandaban a otros a los campos de presidiarios recién creados.

El primero de ellos fue, evidentemente, el de la mina n.º 17 de Vorkutá\* (y pronto los hubo también en Norilsk\* y Dzhezkazgán).\* El objetivo casi no se disimulaba: se trataba de dar muerte a los presidiarios. Era una máquina de exterminio declarada, pero, siguiendo la tradición del Gulag, de acción prolongada para que los condenados sufrieran más y trabajaran todavía un poco antes de morir.

Los instalaron en «tiendas» de siete metros por veinte, habituales en el Norte. Revestidas de tablas y cubiertas de serrín, estas tiendas se convertían en una especie de barracones ligeros. En una tienda de esas cabían ochenta personas si dormían en *vagonkas*,<sup>c</sup> y cien si lo hacían en catres contiguos. Presidiarios, instalaban a doscientos.

¡Pero no se trataba de apiñamiento!<sup>d</sup> Era, tan sólo, el uso razonable de la superficie habitable. A los presidiarios se les había establecido una jornada laboral de veinticuatro horas divididas en

a La orilla izquierda del Dniéper.

b Diferentes frentes contra la invasión del ejército alemán en 1943.

c Cf. segundo volumen, pág. 182.

d Se denomina coloquialmente «apiñamiento» (*uplotnenie*) al alojamiento en circunstancias excepcionales de varias familias en una sola vivienda.

dos turnos de doce, sin día de descanso. Por tanto, siempre había un centenar de ellos en el trabajo y otro centenar en el barracón.

Un cordón de guardias con sus perros rodeaba a los presidiarios durante el trabajo. A éstos les pegaba quien quería, y les daban ánimos con las metralletas. De camino a la zona, si a los soldados se les antojaba, podían soltar por capricho unas ráfagas de metralleta contra la formación, que nadie les pediría cuentas por los caídos. Por el aturdimiento y la dificultad con que se arrastraban, de lejos era fácil distinguir una exhausta columna de presidiarios de una columna de presos corrientes.

Sus doce horas de trabajo se contaban con toda exactitud. (Los que machacaban guijo a mano bajo las ventiscas polares de Norilsk tenían derecho, en doce horas, a diez minutos para calentarse.) Y las doce horas de *descanso* las pasaban del modo más absurdo posible. A cuenta de esas doce horas los conducían de una zona a otra, los hacían formar y los registraban. Una vez en la zona de reclusión,<sup>a</sup> los introducían inmediatamente en una tienda, que nunca se ventilaba y que carecía de ventanas, y los encerraban dentro. Durante el invierno se condensaba allí un aire de una hediondez, una humedad y una acritud tal que una persona no habituada no habría podido soportar ni dos minutos. La zona de reclusión era aún menos accesible a los presidiarios que la zona de trabajo. El retrete, el comedor y la enfermería siempre les estaban vetados. Para todo eso estaban la cubeta y el pesebre<sup>b</sup> de la comida. Así es como se manifestó el presidio estalinista de los años 1943-1944: la conjugación de lo peor del campo de trabajo y lo peor de la cárcel.

El presidio zarista, según el testimonio de Chéjov,<sup>c</sup> era muchísimo menos ingenioso. En la prisión de Alexándrovsk (Sajalín), los presidiarios no sólo podían salir a cualquier hora al patio e ir al retrete (ni siquiera se utilizaban cubetas), ¡sino pasar todo el día... en la ciudad! De modo que el auténtico sentido de la palabra «presidio» —que los remeros estuvieran encadenados a los remos—<sup>d</sup> sólo Stalin lo comprendía.

a Cf. en glosario del primer volumen, pág. 811.

b Cf. nota 58 en el primer volumen, pág. 735.

c En su libro *La isla de Sajalín* (Alba editorial, 2005).

d El término ruso «*kátorga*», aquí traducido por «presidio», deriva de la palabra

Dentro de las doce horas de «descanso» se procedía también a los controles de la mañana y de la tarde. Este control no se reducía a un recuento de las cabezas de ganado, como se hacía con los zeks, sino que se trataba de un pase de lista detallado, nombre por nombre, durante el que cada uno de los cien presidiarios debía, dos veces al día, proclamar sin titubeos su número, sus detestables apellido, nombre y patronímico,<sup>a</sup> el año y el lugar de nacimiento, la duración de la pena, el organismo que le había condenado y la fecha de salida; los restantes noventa y nueve presidiarios debían escuchar dos veces al día todo esto y consumirse. A lo largo de esas doce horas también se les distribuía dos veces comida: se repartían las escudillas a través del abrevadero, y a través del abrevadero se recogían. A ninguno de los presidiarios se le autorizaba a trabajar en la cocina, a ninguno de ellos a transportar los recipientes de comida. Todo el personal de servicio estaba compuesto por cofrades, y cuanto más descarada y despiadadamente robaban éstos a los malditos presidiarios, tanto mejor vivían ellos y tanto más satisfechos estaban los amos del presidio. En este punto, como siempre a expensas de los del Artículo 58, coincidían los intereses del NKVD y los de los cofrades.

Pero como los albaranes no debían dejar constancia para la historia de que, por añadidura, también se mataba a los presidiarios de hambre, en esos mismos albaranes se consignaban míseros complementos —que para colmo se los saqueaban tres veces— en forma de «ración de mineros» y de «primas alimenticias». Y todo ese largo procedimiento se llevaba a cabo a través del abrevadero, llamándolos por los apellidos e intercambiando escudillas por talones. Y cuando finalmente habría sido posible dejarse caer en los catres y dormir, se abría el postigo del abrevadero, llamaban de nuevo a algunos hombres por sus apellidos, y empezaba la distribución de talones para el día siguiente (los zeks normales no se preocupaban por sus talones, era el jefe de la brigada el que los recibía y los entregaba a la cocina).

---

griega utilizada para referirse a la condena de criminales consistente en remar en galeas. En ruso dicho término hace referencia a los trabajos forzados en Siberia a los que condenaban a los revolucionarios idealistas durante el zarismo.

a Cf. en glosario del primer volumen, pág. 784.

Así pues, de las doce horas de «ocio», a duras penas quedaban cuatro horas de reposo para dormir.

Además, naturalmente, a los presidiarios no se les pagaba dinero alguno, no tenían derecho a recibir paquetes ni cartas (era necesario que en sus aturdidas y embotadas cabezas se apagara su antigua *libertad* y que, en la indiscernible noche polar, no quedara nada sobre la tierra salvo el trabajo y el barracón).

Gracias a todo eso, los presidiarios flaqueaban de maravilla y morían rápidamente.

El primer *alfabeto* de Vorkutá (veintiocho letras,<sup>a</sup> cada letra con una numeración del uno al mil), o sea, los primeros veintiocho mil presidiarios de Vorkutá, acabaron todos bajo tierra en un solo año.

Lo sorprendente es que no lo hicieran en un mes.<sup>1</sup>

En Norilsk, en la fábrica de cobalto n.º 25, mandaban un convoy a la zona para cargar el mineral, y los presidiarios se arrojaban bajo el tren para terminar cuanto antes con todo aquello. Dos docenas de hombres, desesperados, huyeron a la tundra. Los descubrieron con aviones y los ametrallaron, luego apilaron los cadáveres ante la puerta por la que salían las columnas a trabajar.

En la mina n.º 2 de Vorkutá había un campo de presidarias. Las mujeres llevaban sus números en la espalda y en el pañuelo de la cabeza. Realizaban todos los trabajos subterráneos e incluso, incluso... ¡sobrepasaban el plan...!<sup>2</sup>

Pero ya estoy oyendo a mis compatriotas y contemporáneos que me gritan airados: ¡Alto! (¿de quién tiene usted la osadía de hablarnos? ¡Sí! ¡Los encarcelaban para exterminarlos, y bien que hacían! ¡Eran traidores, *Polizei* y *Bürgermeister*!<sup>b</sup> ¡Se lo tenían merecido! ¿¿No irá usted a compadecerse de ellos?? (En este caso, como es sabido, la crítica se sale del marco de la literatura y pasa a la competencia de los Órganos.)<sup>c</sup> En cuanto a

a El alfabeto cirílico tiene treinta y tres letras, de las cuales cinco no se usaron en la numeración por letras.

b *Polizei*: miembros de los servicios de orden y de la policía reclutados por los alemanes en los territorios ocupados; *Bürgermeister*: alcalde rural en funciones en los territorios ocupados.

c Es decir, los órganos de la Seguridad del Estado, el término para designar a la

las mujeres aquellas, ¡pero si eran las *yacijas de los alemanes!*, me gritan unas voces femeninas. (¿Que he exagerado? ¿No eran nuestras mujeres las que llamaban *yacijas de los alemanes* a otras de nuestras mujeres?)

Lo más fácil para mí sería responder como se suele hacer ahora al «desenmascarar el culto». <sup>a</sup> Podría contar algunos casos excepcionales de personas mandadas a presidio. (Por ejemplo, el caso de aquellas tres voluntarias del Komsomol <sup>b</sup> que, pilotando bombarderos ligeros, tuvieron miedo de arrojar las bombas sobre el objetivo y las arrojaron en campo abierto, regresaron a salvo y declararon haber cumplido la misión. Pero luego a una de ellas le remordió su conciencia de komsomol y se lo contó a la secretaria, una muchacha también, responsable de la organización de la unidad aérea a la que aquélla pertenecía, y ésta, como es natural, se lo contó a su vez a la Sección Especial. A cada una de las tres le cayeron veinte años de presidio.) Cabe exclamar: ¡Vean, vean a qué honestos ciudadanos soviéticos castigaba la arbitrariedad estalinista! Y acto seguido indignarse, no ya propiamente por esa arbitrariedad, sino por los errores fatales, ahora felizmente corregidos, cometidos con los komsomoles y los comunistas.

Sin embargo, sería indigno no tratar la cuestión en toda su profundidad.

Hablemos, para empezar, de las mujeres que, como se sabe, son ahora libres. Libres no de su doble trabajo, a decir verdad, sino del matrimonio religioso, del yugo del desprecio social y de las Kabanija. <sup>c</sup> ¿Pero qué? ¿No es peor la Kabanija que les hemos destinado, si por la libre disposición de su cuerpo y de su persona les imputamos un delito de antipatriotismo y de derecho común? ¿No ha sido toda la literatura mundial (preestaliniana) la que ha celebrado el amor libre de delimitaciones na-

---

policía política soviética. El término «Órganos» era el que habitualmente usaba el personal de las agencias de seguridad interior.

a El culto a la personalidad, es decir, Stalin y sus «excesos».

b Cf. nota en primer volumen, pág. 769.

c Personaje de *Grozá* (La tempestad) de Alexandr Nikoláyevich Ostrovski (1823-1886) (cf. nota del segundo volumen, pág. 655), prototipo de la suegra (madre del marido) tiránica y cruel.

cionales? ¿Libre de la voluntad de generales y diplomáticos? En cambio nosotros, hasta en este aspecto, aceptamos el rasero estaliniano: no te juntes con nadie sin un decreto del Presídium del Soviet Supremo. Tu cuerpo pertenece, ante todo, a la patria.

Ante todo, ¿qué edad tenían esas chicas cuando se juntaron con el enemigo, no ya en combate sino en la cama? Seguramente no serían mayores de treinta años, por no decir de veinticinco. ¡O sea, desde la edad de sus primeras impresiones infantiles las habían educado *después* de Octubre, en escuelas soviéticas y en la ideología soviética! Así pues, ¿nos irritamos con los frutos de lo que nuestras propias manos han sembrado? A algunas muchachas se les quedó grabado lo que durante quince años no nos cansamos de machacarles: que la patria no existe, que la idea de la patria es un invento reaccionario. Otras estaban hartas de la puritana sosería de nuestras reuniones, mítines, manifestaciones, cine sin besos y bailes sin abrazos. A unas terceras les cautivó la amabilidad y la galantería, esos detalles del aspecto exterior del varón y esos signos externos del cortejo, todo aquello que nadie había enseñado a los jóvenes de nuestros planes quinquenales ni a los mandos salidos de la Academia Frunze.<sup>a</sup> Unas cuartas estaban simplemente hambrientas, sí, primitivamente hambrientas, es decir, no tenían nada que llevarse a la boca. Y unas quintas quizá no vieron otro medio de salvarse y de salvar a sus parientes, de no separarse de ellos.

En Starodub,<sup>\*</sup> ciudad de la provincia de Briansk,<sup>\*</sup> donde estuve pisando los talones al enemigo en retirada, me contaron que había permanecido allí largo tiempo una guarnición húngara para proteger la ciudad de los partisanos.<sup>b</sup> Luego había llegado el orden de traslado, y decenas de mujeres del lugar, olvidando la vergüenza, fueron a la estación y, al despedirse de los ocupantes, lloraron (añadía un zapatero burlón) «como no habían llorado al despedir a sus maridos que partían para la guerra».

El tribunal llegó a Starodub unos días más tarde. Y a buen seguro no dejó de prestar atención a las denuncias. Y seguro

a Academia militar.

b Guerrilleros prosoviéticos.

que mandó a la mina n.º 2 de Vorkutá a algunas de las lloronas de Starodub.

¿Pero de quién era la culpa? ¿De quién? ¿De aquellas mujeres? ¿O nuestra, de todos nosotros, mis compatriotas y contemporáneos? ¿Cómo debíamos de ser *nosotros* para que nuestras mujeres se echaran a los brazos de los ocupantes? ¿No será una de las innumerables facturas que pagamos y continuaremos pagando por nuestro camino comunista, adoptado precipitadamente, recorrido caóticamente, sin reparar en pérdidas, sin mirar hacia el futuro?

Quizá procedía someter a todas esas mujeres a la reprobación moral (pero después de haber escuchado también lo que ellas tenían que decir), quizá procedía ridiculizarlas mordazmente, pero ¿mandarlas por ello a presidio? ¿Al matadero polar?

—¡Pero fue Stalin el que las mandó allí! ¡Y Beria!

¡Ah, no, disculpen! Los que allí las mandaron, encerraron y remataron, forman ahora parte de los consejos públicos de jubilados<sup>a</sup> y vigilan que continuemos dando muestras de moralidad. ¿Y todos nosotros? Nosotros escuchamos lo de «yacijas alemanas» y asentimos comprensivos con la cabeza. Considerar culpables a esas mujeres es hoy, todavía, mucho más peligroso para nosotros que el hecho mismo de que hubieran estado presas en su día.

—Está bien, pero a los hombres, ¡a ellos sí que se les encerró con razón, ¿no?! Son traidores de la Patria,<sup>b</sup> traidores sociales.

También aquí podríamos escabullirnos. Podríamos recordar (y sería la verdad) que los principales criminales, naturalmente, no esperaron sentados la llegada de nuestros tribunales y de nuestras horcas. Se apresuraron a huir a Occidente como pudieron, y muchos consiguieron marcharse. De manera que nuestras instrucciones de sumario punitivas llegaron a las cifras requeridas a costa de los corderos (en ello las denuncias de los vecinos fueron de gran ayuda): en casa de éste, a saber por qué, se habían instalado unos alemanes, ¿a qué venía ese afecto?;

a Organismos colectivos (de un inmueble, por ejemplo) que proporcionan una especie de certificados de moralidad, exigibles en diferentes circunstancias (como, entre otras cosas, para los viajes al extranjero).

b Sobre esta expresión, cf. primer volumen, pág. 280

aquel otro llevaba heno a los alemanes en su trineo: colaboración directa con el enemigo.<sup>3</sup>

Así podríamos minimizarlo, y, una vez más, cargárselo al *culto*: hubo excesos que ahora se han corregido. Ahora todo es normal.

Pero ya que hemos empezado, continuemos.

¿Y los maestros de escuela? Esos maestros a los que nuestro ejército, en su pánica retirada, abandonó con sus escuelas y sus alumnos, a unos por un año, a otros por dos o por tres. Dado que los intendentes eran tontos y los generales malos, ¿qué debían hacer ahora los maestros? ¿Enseñar o no enseñar a sus niños? ¿Y qué debían hacer los chiquillos, no los que ya tenían quince años y podían ganar algún dinero o unirse a los partisanos, sino los más pequeños? ¿Debían estudiar o vivir como borricos dos o tres años para redimir los errores del Comandante supremo?<sup>a</sup> Si papá no me ha dado una gorra, que se me congelen las orejas, ¿no...?

Semejante cuestión, no se sabe por qué, no se planteó ni en Dinamarca, ni en Noruega, ni en Bélgica, ni en Francia. En estos países no consideraron que, después de que la insensatez de sus gobernantes o la fuerza aplastante de las circunstancias les llevaran a entregarse sin dificultad al poder alemán, el pueblo debiera dejar de vivir. En estos países las escuelas, los ferrocarriles y las administraciones locales siguieron funcionando.

Pero alguien (¡naturalmente, ellos!) tenía el cerebro desviado ciento ochenta grados. Porque aquí los maestros de escuela recibían cartas anónimas de los partisanos: «¡No te atrevas a dar clase! ¡Pagarás por ello!». Hasta trabajar en el ferrocarril se convirtió en un acto de colaboración con el enemigo. Y hacerlo en la administración local, eso ya era una traición inaudita.

Todo el mundo sabe que un niño que haya abandonado por las buenas los estudios puede que no vuelva a ellos. Así pues, si el Genial Estratega de todos los tiempos y de todos los pueblos la había pifiado, ¿qué debía hacer la hierba entretanto: crecer o secarse? ¿Qué había que hacer entretanto: enseñar o no enseñar a los niños?

a *Verjónny glavnokomandúyuschi*, grado dado a Stalin.

Naturalmente, eso tiene un precio. Habrá que sacar de las escuelas los retratos con bigotazos<sup>a</sup> y, quizás, introducir los retratos con bigotito.<sup>b</sup> Habrá que adornar el abeto no por Año Nuevo sino por Navidad,<sup>c</sup> y el director deberá pronunciar un discurso para la ocasión (en vez de con motivo del aniversario de la Revolución de Octubre, con motivo del aniversario de algún otro acontecimiento del Reich) ensalzando nuestra nueva y maravillosa vida, que en realidad es mala. Pero téngase en cuenta que también antes se pronunciaban discursos ensalzando la maravillosa vida, y también era mala.

Es decir, anteriormente la hipocresía y la mentira con los niños debieron de ser mucho mayores, pues se disponía de tiempo para consolidar la falsedad e infiltrarla en los programas escrupulosamente elaborados por metodólogos e inspectores. En cada lección, viniera o no a cuento, se estudiara la estructura de los gusanos o las conjunciones de las oraciones subordinadas, era obligatorio cocear a Dios (aunque tú mismo creyeras en Él); no se debía perder ocasión de alabar nuestra ilimitada libertad (aunque no hubieras podido dormir esperando a que llamaran a tu puerta durante la noche); al leer en voz alta a Turguénev,<sup>d</sup> o al desplazar el puntero a lo largo del curso del Dniéper, había que maldecir necesariamente la miseria del pasado y glorificar la actual abundancia (cuando ante tus propios ojos y ante los de los niños, desde mucho antes ya de la guerra, morían pueblos enteros y la cartilla de racionamiento infantil daba derecho, en las ciudades, a recibir trescientos gramos de pan).

Y nada de todo eso se consideraba un crimen, ni contra la verdad, ni contra el alma infantil, ni contra el Espíritu Santo.

Ahora, en cambio, bajo el provisional e inestable régimen de los ocupantes, había que mentir muchísimo menos, aunque en otro sentido. ¡En otro sentido, en otro sentido! ¡Ésa era la cuestión! Y por esa razón la voz de la patria y el lápiz del comité local clandestino<sup>e</sup> prohibían la lengua materna, la geogra-

a La alusión se refiere a Stalin.

b Alusión a Hitler.

c La costumbre del árbol de Navidad se trasladó en la URSS a Año Nuevo.

d Cf. en glosario del segundo volumen, pág. 768.

e Es decir, el partido clandestino.

fía, la aritmética y las ciencias naturales. ¡Veinte años de presidio para el que hiciera semejante trabajo!

¡Compatriotas, asentid con la cabeza! Mirad cómo los conducen vigilados por los perros al barracón de la cubeta. Apeadadlos: enseñaron a vuestros hijos.

Pero mis compatriotas (especialmente los jubilados del MVD y del KGB, esas moles retiradas a los cuarenta y cinco años) se me acercan puños en alto: ¿a *quién* estoy defendiendo? ¿A los *starosty*?<sup>a</sup> ¿A los *Bürgermeister*? ¿A los *Polizei*? ¿A los intérpretes? ¿A toda esa gentuza y escoria?

Está bien, profundicemos, profundicemos más. Demasiada leña hemos amontonado por considerar a las personas como palitos. De todos modos, el futuro nos obligará a reflexionar un poco sobre los motivos.

Tocaron y cantaron el «Que una noble furia...».<sup>b</sup> ¿Cómo no se nos habían de poner los pelos de punta? Nuestro patriotismo innato —prohibido, ridiculizado, perseguido y maldecido— fue de pronto autorizado, alentado, e incluso proclamado *santo*. ¿Cómo no íbamos a renacer todos nosotros, los rusos? ¿Cómo no habíamos de unir nuestros corazones, emocionados de agradecimiento? ¿Cómo no habíamos de perdonar con toda la generosidad de nuestra naturaleza a nuestros verdugos habituales ante la llegada de verdugos foráneos? ¿Para mostrar luego, en cambio, reprimiendo vagas dudas y nuestra prematura generosidad, aún más unanimidad y más furia al maldecir a los *traidores*, a esos rencorosos manifiestamente peores que nosotros?

Hace siglos que Rusia existe, muchos son los enemigos que ha conocido y muchas las guerras que ha sostenido. ¿Pero ha habido muchos traidores en Rusia? ¿Han salido *en tropel* los traidores de su seno? Parece que no. Tampoco parece que los enemigos acusaran al carácter ruso de traidor, de chaquetero, de infiel. Y todo eso bajo un régimen hostil al pueblo trabajador.

a Responsables locales (semejantes a alcaldes) en el área rural durante la ocupación alemana.

b Primer verso del célebre canto *Sviaschénnaya voiná* (La guerra sagrada), con letra de Lébedev-Kumach y música de A.V. Alexándrov, compuesta durante las primeras semanas de la guerra.

Pero estalló la más justa de las guerras, bajo el más justo de los regímenes, y nuestro pueblo descubrió de pronto decenas y cientos de miles de *traidores*.

¿De dónde salieron? ¿Por qué?

¿Se había vuelto a avivar, quizá, la llama de la guerra civil, nunca apagada del todo? ¿Serían los blancos<sup>a</sup> que no rematamos? ¡No! Ya hemos mencionado antes que muchos emigrados blancos (entre ellos el más que maldito Denikin)<sup>b</sup> se pusieron del lado de la Rusia soviética y contra Hitler. Tenían libertad de elección y eligieron esto.<sup>4</sup>

Estas decenas y cientos de miles –*Polizei* y miembros de destacamentos punitivos, *starosty* e intérpretes–, todos ellos habían salido de las filas de los ciudadanos soviéticos. Y entre ellos se contaban no pocos jóvenes que también habían crecido después de Octubre.

¿Qué les obligó a hacerlo...? ¿Quiénes eran?

Eran, ante todo, los que habían visto pasar las orugas de los carros blindados de los años veinte y treinta sobre sus familias y sobre ellos mismos. Los que habían perdido a sus padres, parientes y seres queridos en las turbias riadas de nuestras canalizaciones. O los que estuvieron ellos mismos, una y otra vez, hundiéndose y emergiendo en campos y confinamientos. Aquellos cuyas piernas se habían helado y entumecido haciendo cola ante las ventanillas de entrega de paquetes. Y aquellos a quienes durante esas crueles décadas se les había hecho trizas y despedazado el acceso a lo más querido sobre la tierra: la tierra misma, prometida, dicho sea de paso, por el Gran Decreto<sup>c</sup> y por la que, entre otras cosas, había sido preciso derramar sangre durante la guerra civil. (Otra cosa muy distinta eran los mayorazgos y las *dachas*<sup>d</sup> de los oficiales del Ejército Soviético, y las haciendas valladas en los alrededores de Moscú: esto es para nosotros, está permitido.) Además de aquellos a los que se apresó por «esquilar las espigas».<sup>e</sup>

a Cf. nota en el primer volumen, pág. 748.

b Cf. nota en el primer volumen, pág. 756.

c El Decreto sobre la Tierra, que, recuperando el programa de los SR y en contradicción con el programa bolchevique, proclamaba la distribución de las tierras.

d Cf. nota en el primer volumen, pág. 754.

e Cf. en el primer volumen, pág. 83

Y aquellos a quienes habían privado del derecho a residir donde quisieran. O del derecho a ejercer su antiguo y querido oficio (destruimos con fanatismo todos los oficios, pero eso ya es cosa olvidada).

De todos éstos dicen ahora (y especialmente los propagandistas, y más aún los *octubristas-napostovistas*)<sup>a</sup> con una mueca de desdén: «los agraviados por el poder soviético», «los ex represaliados», «los hijos de kulaks», «los que guardan un oscuro rencor contra el régimen soviético».

Uno lo dice, y el otro asiente con la cabeza. Como si acabara de entender algo. Como si el poder popular tuviera derecho a agraviar a sus ciudadanos. Como si en ello residiese el vicio originario, la llaga principal: los ofendidos..., los que guardan...

Y no hay nadie que grite: ¡Permitidme un momento! ¡Mal rayo os parta! ¿No decís que la existencia al fin y al cabo determina la conciencia?<sup>b</sup> ¿O no es así? ¿O sólo la determina cuando os conviene? ¿Y cuando no os conviene no debe determinarla?

Por aquí, con una leve sombra en el semblante, también saben decir: «Sí, se cometieron ciertos errores». Y siempre de esta forma impersonal, inocentemente lasciva: *se cometieron*, sólo que no se sabe quién los cometió. Así, uno acabaría por creer que los cometieron los trabajadores, los estibadores o los koljosianos. Nadie tiene el valor de decir: ¡Los cometió el *Partido Comunista*! ¡Los cometieron los inamovibles e irresponsables dirigentes soviéticos! ¿Quiénes, salvo los que tenían poder, podían haberlos «cometido»? ¿Se lo cargamos todo únicamente a Stalin? Se necesita tener sentido del humor. Stalin los cometió, sí, pero ¿y vosotros? ¿Dónde estabais vosotros, los millones que dirigíais?

Por lo demás, también estos errores se difuminaron rápidamente ante nuestros ojos formando una mancha nebulosa, vaga, de contornos inciertos sin perfiles, y no se consideran ya fruto

a Es decir, los colaboradores de *Oktiabr* (Octubre), revista literaria muy conservadora y dogmática, que Solzhenitsyn compara con los colaboradores de las revistas cargadas de odio *Na postú* (En la posta) o *Na novom postú* (En la nueva posta), órganos durante los años veinte de los «escritores proletarios».

b Cf. nota en el segundo volumen, pág. 361.

de la estupidez, el fanatismo o la maldad, sino que sólo se reconoce que fue un error que los comunistas encarcelaran a comunistas. Pero que a quince o diecisiete millones de campesinos se los arruinara, se los mandara al exterminio y se los dispersara por todo el país sin derecho a recordar ni a pronunciar el nombre de sus padres, no parece ser ningún error. Y todas las riadas del alcantarillado examinadas al principio de este libro<sup>a</sup> tampoco parecen un error. Y que no estuviéramos preparados para la guerra contra Hitler, que fanfarroneáramos falsamente, que retrocediéramos vergonzosamente, cambiando de consignas sobre la marcha, y que sólo Iván<sup>b</sup> y «por la Santa Rusia» detuvieran a los alemanes en el Volga, nada de eso se considera un fallo, sino casi el principal mérito de Stalin.

En dos meses entregamos al enemigo casi un tercio de nuestra población, entre la que se incluían: estas familias medio deshechas, los campos con varios miles de personas que se dispersaban apenas huía la escolta, así como prisiones de Ucrania y de los Países Bálticos, donde aún humeaban los disparos que fusilaron a los del Artículo 58.

Mientras la fuerza estuvo de nuestro lado oprimimos, acosamos a todos esos desgraciados, no quisimos darles trabajo, los echamos de sus viviendas y los obligamos a diñarla. Cuando nuestra debilidad se hizo manifiesta, les exigimos al instante que olvidaran todo el mal que les habíamos causado, que olvidaran a sus padres y a sus hijos, muertos de hambre en la tundra, que olvidaran a los ejecutados, que olvidaran su ruina y nuestra ingratitud con ellos, que olvidaran los interrogatorios y las torturas del NKVD, que olvidaran los campos del hambre, que se unieran inmediatamente a los partisanos y a la clandestinidad, y que defendieran la Patria jugándose la vida. (¡No éramos *nosotros* los que debíamos cambiar! Nadie les infundió la esperanza de que al regresar los trataríamos de modo diferente en lugar de volver a acosarlos, perseguirlos, encarcelarlos y fusilarlos.)

a Cf. en el primer volumen, capítulo 2.

b Nombre ruso por antonomasia, que simboliza a la vez al soldado raso y a la «Rusia eterna».

En semejante situación, ¿qué es lo que más sorprende: que fueran demasiadas las personas que se alegraron de la llegada de los alemanes? ¿O que aún fueran demasiado pocas? (Incluso hubo casos en los que fueron los alemanes los que tuvieron que hacer justicia, por ejemplo, con los delatores de la época soviética: como el fusilamiento del diácono de la iglesia de Nabe-rezhno-Nikólskaya, en Kiev; y casos así los hubo a montones.)

¿Y los creyentes? Durante veinte años seguidos se estuvo persiguiendo la fe y cerrando las iglesias. Llegaron los alemanes... y empezaron a abrir las iglesias. (Una vez expulsados los alemanes, los nuestros no se atrevieron a cerrarlas enseguida.) En Rostov del Don, por ejemplo, la apertura solemne de las iglesias suscitó un júbilo masivo y dio lugar a una gran afluencia de público. Y, sin embargo, tenían que maldecir a los alemanes por ello, ¿no es verdad?

En Rostov mismo, durante los primeros días de la guerra, detuvieron al ingeniero Alexandr Petróvich M.-v., que murió en su celda durante la instrucción judicial. Su esposa pasó varios meses temblando de miedo, pues temía que también a ella la detuvieran, y sólo con la llegada de los alemanes pudo acostarse tranquila: «¡Ahora al menos podré dormir!». Pues no, tenía que rezar por el regreso de sus verdugos.

En mayo de 1943 en Vinnitsa,\* bajo la ocupación alemana, empezaron casualmente unas excavaciones en el parque de la calle Podlesnaya (que, a principios de 1939, el Soviet municipal había cercado con altas vallas declarándolo «zona prohibida del Comisariado de Defensa») y hallaron unas tumbas, que por entonces pasaban del todo inadvertidas; allí descubrieron treinta y nueve fosas comunes con unas dimensiones de tres por cuatro metros y tres metros y medio de profundidad. En cada tumba encontraron una primera capa con la ropa de los muertos, y luego una segunda con los cadáveres colocados en capicúa. Todos tenían las manos atadas con cuerdas y todos habían recibido disparos en la nuca con pistolas de pequeño calibre. Por lo que se veía, los habían matado en la cárcel y luego los transportaron durante la noche para enterrarlos. La documentación que se había conservado de algunos de ellos permitió reconocer a aquellos a los que en 1938 se les condenó a «veinte años

sin derecho a correspondencia». He aquí una de las escenas de la excavación: los habitantes de Vinnitsa acudieron a contemplar o a reconocer a los suyos (fotografía 1). Más adelante encontraron otros. En junio se pusieron a excavar cerca del cementerio ortodoxo, en el hospital Pirogov, y descubrieron otras cuarenta y dos tumbas. Más tarde, en el «parque Gorki de cultura y descanso», bajo las atracciones, bajo la «casa de la risa»<sup>a</sup> y bajo las pistas de juego y de baile, descubrieron otras catorce fosas comunes. En total noventa y cinco tumbas con nueve mil cuatrocientos treinta y nueve cadáveres. Esto sólo en Vinnitsa, donde los descubrimientos fueron fruto de la casualidad. ¿Y cuántos habrá ocultos en las demás ciudades? ¿Y pretendían que la población, después de contemplar esos cadáveres, corriese a unirse a los partisanos soviéticos?

¿No sería justo admitir finalmente que si a *nosotros* —a usted y a mí— nos duele que nos pisoteen, y que pisoteen lo que amamos, también deben de sentir dolor aquellos a los que *nosotros* pisoteamos? ¿O no, no tienen derecho? ¿Deben morir agradecidos?

Atribuimos a esos *Polizei* y *Bürgermeister* una especie de rencor inmemorial, poco menos que innato; ahora bien, fuimos nosotros los que sembramos en ellos ese rencor, ellos eran nuestros «residuos de producción». ¿Cómo lo formuló Krylenko?:<sup>b</sup> «A nuestros ojos, cada crimen es el producto de un sistema social dado»...<sup>5</sup> ¡De vuestro sistema, camaradas! ¡Hay que recordar la propia Doctrina!

Tampoco hemos de olvidar que entre aquellos compatriotas nuestros que alzaron contra nosotros la espada y la palabra, los había también que eran totalmente desinteresados, que no habían sufrido en carne propia, o quienes no habían padecido la confiscación de ningún bien (nada poseían), y que no habían estado en los campos, ni ellos ni nadie de sus familias, pero que hacía tiempo que se ahogaban con todo nuestro sistema, con su desprecio por los destinos individuales, con la persecución de las convicciones, con esa cancioncilla burlona que decía:

a Habitación con espejos deformantes.

b Cf. en glosario del primer volumen, pág. 771.

... donde el hombre con tanta libertad respire!;<sup>a</sup>

con las devotas reverencias al Guía,<sup>b</sup> con ese lápiz que se me-nea: «¡Corro a subscribirme al empréstito!»,<sup>c</sup> con los aplausos que se transforman en ovación.<sup>d</sup> ¿Podemos admitir que esa gente, una gente normal, se asfixiara con nuestro aire hediondo? (En la instrucción del sumario acusaron al padre Fiódor Floria de haberse atrevido a contar bajo la ocupación alemana las abominaciones estalinistas. Él respondió: «¿Y qué otra cosa podía contar de vosotros? Conté lo que sabía. Conté lo que había pasado». Dicho a la soviética: ¡Miente, sé hipócrita y muere con tal de que sea en provecho del régimen! Pero esto, al parecer, ya no es materialismo, ¿verdad?)

En septiembre de 1941, antes de partir para el ejército, mi esposa y yo, jóvenes maestros principiantes, alquilamos una vivienda en Morózovsk,\* un pueblo que los alemanes tomarían al año siguiente. La vivienda daba al mismo pequeño patio que la de otros inquilinos, los Bronévitski, una pareja sin hijos. El ingeniero Nikolái Guerásimovich Bronévitski, de unos sesenta años, era un intelectual del tipo chejoviano, muy agradable, sosegado e inteligente. Intento recordar ahora su rostro alargado, y no dejo de figurármelo con unos quevedos, aunque posiblemente nunca los llevara. Más sosegada y dulce aún era su esposa, algo marchita, de cabellos lisos color de lino, veinticinco años más joven que su marido pero que, a tenor de cómo se comportaba, no tenía nada de joven. Les teníamos cariño y probablemente ellos a nosotros, especialmente por contraste con la codicia de la familia propietaria de la casa.

Por las tardes nos sentábamos los cuatro en los peldaños del porche. Fueron unos plácidos y templados atardeceres a la luz de la luna, aún no desgarrados por los rugidos de los aviones y las explosiones de las bombas; pero la angustia por el avance

a Verso de Lébedev-Kumach, cf. en el segundo volumen, pág. 359.

b Stalin.

c La suscripción a los empréstitos del Estado era obligatoria, a razón de un mínimo del diez por ciento del salario.

d Fórmula estereotipada en las actas para referirse a los aplausos que celebraban los discursos de Stalin.

alemán se deslizaba sobre nosotros como un invisible pero sofocante nubarrón que se desplazara por el lechoso cielo contra la indefensa y pequeña luna. Cada día se detenían en nuestra estación más y más trenes camino de Stalingrado. Los refugiados llenaban el mercado del pueblo de rumores, de temores y de dinero fácil en forma de billetes de cien rublos que se sacaban de los bolsillos,<sup>a</sup> y luego seguían su viaje. Citaban los nombres de las ciudades entregadas al enemigo, sobre las que el Informburó,<sup>b</sup> temeroso de decir la verdad al pueblo, había de callar mucho tiempo después. (De estas ciudades, Bronévitski no decía «entregadas», sino «tomadas».)

Nos sentábamos en los peldaños y charlábamos. Nosotros, los jóvenes, estábamos llenos de vida y de angustia por la vida, pero, en el fondo, no podíamos decir de ella nada más inteligente que lo que se publicaba en los periódicos. Por eso nos sentíamos cómodos con los Bronévitski: decíamos lo que pensábamos sin advertir las diferencias en nuestras formas de percibir los acontecimientos.

Mientras que ellos, sin duda, nos contemplaban con asombro como a dos ejemplares de la juventud borreguil. Acabábamos de vivir los años treinta, y era como si no los hubiéramos vivido. Nos preguntaban qué recordábamos de los años 1937 y 1938. ¡Qué iba a ser! La biblioteca universitaria, los exámenes, las alegres excursiones deportivas, los bailes, los espectáculos de aficionados..., bueno, y el amor, por supuesto, estábamos en la edad del amor. ¿Y no *enchironaron* a profesores nuestros en aquella época? Sí, cierto, encerraron a dos o tres, al parecer. Pero unos suplentes los sustituyeron. ¿Y no *enchironaron* a estudiantes? Hicimos memoria: sí, efectivamente, encerraron a algunos de los cursos superiores. ¿Y bien...? Pues nada, bailábamos. ¿Y de vuestros familiares, no..., no tocaron a nadie...? Pues no...

Es terrible, y quiero recordarlo, necesariamente, con exactitud. Pero fue justo así. Y es más terrible en tanto en cuanto yo no pertenecía a esa juventud de deporte y baile, ni a la catego-

a Recordemos que los evacuados eran principalmente los privilegiados del régimen.

b La oficina soviética de información.

ría de los maniacos encerrados en su ciencia y en sus fórmulas. Yo manifestaba un acusado interés por la política: a partir de los diez años, siendo un mocoso, ya no creía a Krylenko y me impresionaba lo tramados que estaban los famosos procesos judiciales,<sup>a</sup> pero nada me empujaba a ver más allá, a relacionar esos minúsculos procesos de Moscú (parecían grandiosos) con el avance de una inmensa muela que recorría el país aplastándolo todo (el número de víctimas era en cierto modo imperceptible). Yo me había pasado la infancia haciendo colas: para el pan, para la leche, para el grano (la carne, en aquel entonces, ni la conocíamos); pero no fui capaz de relacionar la carencia de pan con la ruina del campo, ni con el porqué de esa ruina. Hay que añadir que disponíamos de otra fórmula: «dificultades pasajeras». En nuestra gran ciudad, cada noche encarcelaban a más y más y más gente, pero de noche yo no iba por las calles. Y durante el día las familias de los detenidos no enarbolaban banderas negras, y mis compañeros de curso nada decían de sus padres detenidos.

Y en los periódicos todo tenía un aire animoso y sereno.

Y un joven desea tanto aceptar que todo va bien.

Ahora comprendo que para los Bronévitski era peligroso contarnos ciertas cosas. Pero algo nos dejó entrever el viejo ingeniero, víctima de uno de los más duros golpes de la GPU. Había perdido la salud en las cárceles, conocía más de una detención y más de un campo, pero la pasión sólo se desató en él cuando nos relató cómo era el primitivo Dzhezkazgán: sus aguas envenenadas por el cobre, su aire emponzoñado, los asesinatos, las infructuosas quejas a Moscú. La palabra misma, Dzhez-kaz-gán, te desgarraba la piel tanto como sus implacables historias. (¿Y qué sucedió? ¿Modificó ese Dzhez-kaz-gán, aunque fuera lo más mínimo, nuestra percepción del mundo? Naturalmente que no. Eso no está ocurriendo aquí al lado. No va con nosotros. Es indescriptible. Lo más fácil es no pensar en ello. Lo más fácil es olvidarlo.)

a Se refiere a los tres grandes procesos de Moscú de los años treinta que acabaron con la vieja guardia bolchevique: agosto de 1936 (Zinóviev y Kámenev); enero de 1937 (Piatakov, Radek); marzo de 1938 (Bujarin, Krestinski, Rakovski y Yágoda).